

llegase a empañar la mañanera tersura y la limpidez de imágenes de los versos. Advertíase, sin duda, la influencia, más o menos magistral, de algunos modelos y el estilo de buena retórica escolar, ilusionada de sus propios hallazgos y de la evidente perfección de la órbita perseguida y muchas veces lograda. Libro de mujer alumna, aplicada alumna y aplicada mujer, aún estudiándose a sí misma. Escuchar cómo en este soneto luchan las metáforas y los neologismos con las confidencias más ciertas del corazón:

*Tú, cerca, lejos, ya siempre conmigo,
—fidelidad de angustia desatada,
con ramas de ansiedad entrelazada,
amapolando el surco de mi trigo—.*

*Te guardo con recóndita avaricia
de mi intranquila noche demudada—.
Te guardo, sombra y luz. Insazonada
era, al trasluz del rumbo que persigo.*

*Te guardo con recóndita avaricia
y palma de martirios se me inicia
el triunfo de guardarte y refenerte.*

*Te guardo con recóndita avaricia
exprimo el corazón con mi tortura
y miel —amor— por los recintos vierte...*

Más personalidad, como es lógico, prometen y entregan ya las páginas del libro no sujetas a trabas tan respetables y sonoras a tradiciones de siglos como el soneto. El romance es buen amigo, y más si es el romance lírico, roto y deshecho y breve como un desahogo sentimental:

*Quise coger el crepúsculo
y hacerle un nido en mi pecho.*

*Sobre su seda morada
dibujaban los cerezos:
cenefas blancas. En todos
los recodos de mi huerto
había una nota nueva...
Al fondo, en el haz del pueblo,*

*se quebraba en los tejados
algún reflejo postrero.*

*Quise coger el crepúsculo,
y me temblaron los dedos. —
Vibrando la tarde toda
al adivinar mi intento.
Por la línea que encadena
unos con otros los cerros,
—ángel ya de negras alas—,
ágil, burlón, se fué huyendo...*

*Yo me sentí, novia fría,
amortajada en silencios
de olvido. ¡Tenía el alma,
llena de flores, naciendo!*

Han pasado tres o cuatro años y la dulce poetisa gallega viene a Madrid, después de probar un poco la vida rural en Castilla la Vieja. Pura Vázquez no llega con las manos vacías. Trae otro libro, muy distinto, más maduro, tembloroso y profundo. La aplicación adolescente, el regusto de la obra bien hecha y de las sílabas bien contadas, que es gran maestría, según la elérgica sentencia del mester, el placer de pulir y limar hasta que resplandezca por igual el barniz extendido, se ha abandonado. Un desengaño que aún no renuncia a la ilusión obliga a balbucir en vez de cantar, a quebrarse en mil reflejos y titubeos, a dejar abierta la estrofa y sin cerrar la herida. El nuevo libro se llama *En torno a la voz*. Pero el nombre no es exacto. ¿Por qué «en torno»? No. Es la misma voz central, directa, a veces empañada por la emoción, la que, más que cantar, que es fuerte y alta palabra, se atreve a susurrar al oído escuchos difícilmente confesables. Y lo que la poesía pierde de plasticidad y de gracia retórica, gana, sin duda, en temblor y desnudez. Y Pura Vázquez canta al Sil, al río inolvidable, y a sus sirenas de mitología galaica y a uno de sus arroyos:

*A ti, como un prodigio para lavar mis manos
pálidas, dulces, frías, calladamente acudo.*